

FLORIS VERHAART, *Classical Learning in Britain, France, and the Dutch Republic, 1690-1750: Beyond the Ancients and the Moderns*, Oxford Historical Monographs, Oxford: OUP, 2020, ix+232 pp. £60.00, ISBN 978-0-19-886-169-0.

Esta importante monografía reexamina el papel de los estudios clásicos en Gran Bretaña, Francia y Holanda en un período de tiempo relativamente breve, el medio siglo largo que va desde 1690 a 1750. Lo hace más allá de la disputa sobre la superioridad de los antiguos o modernos (la famosa *Querelle des anciens et des modernes* que dominó los debates intelectuales de la época), centrándose, en cambio, en un puñado de eruditos y profesores universitarios, cuidadosamente seleccionados y contextualizados en la introducción al volumen, sección ésta que le permite además al autor esbozar su metodología (pp. 1-34). A lo largo de las páginas de su libro Verhaart estudia la actitud hacia el mundo clásico de dos escuelas –la britano-holandesa, por un lado, y la francesa, por otro–, separadas geográficamente, pero, sobre todo, situadas en las antípodas metodológicas la una de la otra. Mientras la primera tradición académica, representada aquí por Pieter Burman (1668-1741), concedía primacía a los aspectos estilísticos, retóricos o gramaticales de los textos grecolatinos, la escuela francesa, cuyo mejor exponente es, paradójicamente, otro estudioso holandés, Jean Le Clerc (1657-1736), se centraba en los aspectos morales de la literatura clásica. Determinada en muchos casos por posturas religiosas y confesionales, esta dicotomía o rivalidad entre filólogos y filósofos, entre defensores de las ‘palabras’ o de las ‘cosas’, argumenta Verhaart, constituye una de las batallas culturales más apasionantes de la edad moderna.

El capítulo 2 (“The Construction of Humanism”, pp. 35-68) repasa de manera diacrónica la polémica entre filólogos y filósofos, disputa que se remonta a la *Ilíada* homérica. La contienda cobró ímpetu durante el Renacimiento y fueron precisamente dos figuras señeras del Humanismo septentrional, Justo Lipsio y Erasmo, en quienes Burman y Le Clerc vieron modelos y anti-modelos en los que cimentar su manera de acercarse a los textos clásicos. Si Burman censuró la excesiva atención que Lipsio había prestado a cuestiones filosóficas y éticas relacionadas con los autores de la Antigüedad clásica y reivindicó el método empleado por el filólogo francés Henri Valios (1603-76), el editor Le Clerc exaltó a Erasmo “as a symbol of the right relationship between classical scholarship and other scholarly disciplines such as theology, with philology as a first step to more elevated subjects” (p. 62). Se trata –tal es la sugerente tesis de Verhaart– de las dos caras de una

misma táctica intelectual elaborada, respectivamente, por Burman y Le Clerc para hacerse con un pedigrí académico y justificar así su propia manera de acercarse a los textos clásicos.

En el capítulo tercero (“Sex and Scholarship: Textual Criticism as an Instrument in the Struggle for Scholarly Independence”, pp. 69-119), Burman vuelve a cobrar protagonismo. Se examina aquí su edición de un autor controvertido como era Petronio, auténtica bestia negra de los teólogos moralizantes de la época, y al que, por el contrario, Burman diseccionó con bisturí de filólogo, ignorando cualquier consideración moral sobre los contenidos del *Satyricon*. Para su labor Burman contó con la inestimable ayuda del clasicista y profesor en Cambridge Richard Bentley (1662-1742), personaje socialmente difícil cuyo tratamiento puramente filológico de otro texto moralmente problemático como era el epodo octavo de Horacio dio argumentos metodológicos a Burman y le enfrentó al erudito francés André Dacier (1662-1742), cuyo comentario a la composición “focus on the moral lesson that can be drawn from the poem: educated women are not necessarily more attractive to men” (p. 97). La intervención de Bentley y su amistad con Burman y con otros eruditos holandeses de la época como el anticuario y diplomático Gisbert Cuper (1644-1716) se sitúan acertadamente (p. 90) dentro de un contexto académico y político más amplios, el de la Guerra de Sucesión Española, en la que las Provincias Unidas e Inglaterra lucharon lado a lado. La manera como Verhaart examina el quehacer filológico de Bentley constituye un perfecto ejemplo de la metodología adoptada a lo largo de *Classical Learning*: cuando el documento o el hecho, por ignorado o significativo, así lo requiere, el autor se detiene en él y lo examina con rigor, prestando asimismo atención al contexto; si, en cambio, la información — como en el caso de su *Dissertation upon the Epistles of Phalaris...* — ya es suficientemente conocida, Verhaart prefiere no sobrecargar su análisis con explicaciones demasiado intrincadas. Sorprende, por otra parte, el silencio que suscita Anne Dacier (1645-1720), esposa de André, eminente clasicista y autora de versiones francesas de Aristófanes, Anacreonte y Safo, texto éste último que parece encajar perfectamente con los contenidos del capítulo tercero.

El capítulo 4 (“The Quest for Civic Virtue”, pp. 120-98) incide en una idea recurrente a lo largo del volumen, a saber, el uso (o el abuso) de los textos clásicos en las guerras políticas y religiosas de la primera mitad del siglo XVIII. Para ello Verhaart recrea las figuras de dos historiadores de la Antigüedad: Conyers Middleton (1683-1750) y el jansenista francés Charles Rollin (1661-1741), ambos impecablemente documentados y contextualizados. Se trata, en cierto modo, de unas vidas paralelas toda vez que Middleton y Rollin disfrutaron de gran notoriedad en su tiempo y sus opiniones, aunque religiosamente diferentes, coincidieron en el ámbito político. Autor de una famosa biografía de Cicerón que influyó poderosamente en Voltaire (como

Verhaart demuestra), Middleton atribuyó al político, filósofo y orador romano una serie de virtudes que el historiador británico asociaba con el ideario ‘whiggish’ y con el deísmo: el escepticismo religioso, el respeto por la democracia, así como la moderación. “In favor of a moralizing approach to the classics” (p. 174), por su parte Rollin, cuyas *Histoire romaine* e *Histoire ancienne* fueron objeto de numerosas reimpresiones, utilizó el período republicano romano para defender el constitucionalismo mixto, una tesis política apoyada en Gran Bretaña por el partido whig.

Unas atinadas conclusiones rematan el volumen (pp. 199-206). El libro está pulcramente editado, sin apenas erratas (aunque en la página 5 se deslice un “straitjacket of Ancient of Moderns” fácilmente subsanable). Sorprende que, mientras que en otras colecciones de asunto clásico las editoriales opten por traducir todas y cada una de las citas latinas, en una monografía de temática histórica OUP insista en mantener extensos párrafos de texto latino en el original sin ni siquiera adaptarlos a una ortografía más moderna. Son detalles que no han de restar un ápice al valor de este excelente libro. Aunque la afirmación del autor en las páginas iniciales de que el período objeto de estudio no ha merecido suficiente atención por parte de las historias de la filología clásica al uso resulte un tanto exagerada, el notabilísimo rigor, la amenidad y la originalidad con que Verhaart examina el debate entre clasicistas filólogos y filósofos entre 1690 y 1750 justifican con creces la publicación de este importante trabajo.

ALEJANDRO COROLEU
ICREA-Universitat Autònoma de Barcelona
alejandro.coroleu@icrea.cat

